

LA CIENCIA EN EL CAPITALISMO, Y MÁS ALLÁ

Pablo Levín (*)

Artículo publicado en Erlenmeyer, Año 1, N° 1, Buenos Aires, Octubre 2002

La ciencia moderna es una criatura del sistema de producción y de vida que permitió a la humanidad elevarse hasta los umbrales de la civilización universal. Hoy, sin embargo, este sistema se ha vuelto incompatible con la vida civilizada, y con la vida misma, y es su mayor amenaza.

Por eso, en esta hora, trabajadores científicos de distintos campos nos acercamos, aprestándonos para trabajar en la construcción de una economía y una sociedad de transición. La necesidad de replantear el papel de la ciencia en el desarrollo social crea nuevas exigencias y nuevos problemas en todos los campos del conocimiento. A la vez, brinda un nuevo sentido a las instituciones científicas, y, sobre todo, a la universidad.

*¿Cuál es la posición del científico trabajando en una disciplina –la ciencia básica– que es responsable importante de haber generado esta sociedad? (**)*

El trabajador científico individual se halla en una encrucijada. Sabe que las capacidades productivas encerradas en la ciencia constituyen la esperanza de la civilización; comprende que son el fruto del sistema que hoy es la mayor amenaza de la humanidad; y se horroriza viéndose convertido en cómplice o agente de esa amenaza. Su tragedia moral, advierte con espanto, remite al proyecto Manhattan.

Auschwitz, Hiroshima... ¿Es culpable la ciencia, en algún sentido? ¿Lo son Albert Einstein, Enrico Fermi?

El horror provocado por el daño inferido a otros es un sentimiento propiamente humano. Pero, jamás ese daño puede provenir del desarrollo de conceptos, que son el producto humano más específico. Así lo comprendían los discípulos de Sócrates, quienes habían aprendido de su maestro *esta verdad de la verdad*: no es concebible que el conocimiento filosófico/científico provoque a nadie mal alguno, porque ¿qué puede ser ese conocimiento sino conocimiento de la verdad? Y el saber de la verdad es inseparable del saber elegir, o el saber distinguir los valores (*fronesis*), y forma parte de la sabiduría. Para esos lejanos precursores del pensamiento moderno la vida del hombre sabio es eminentemente pública, y está impregnada de la más alta dimensión política. No es de otro modo para nosotros hoy.

¿Qué papel le cabe a la Universidad en un programa de transformación y progreso social?

La vida pública del universitario no se agota en la Universidad, pero tiene en ella su ámbito inmediato. La universidad, institución específica de la ciencia moderna, acompaña al sistema capitalista desde sus orígenes, y forma parte esencial de él (lo mismo que la sociedad civil, el Estado moderno, la empresa de capital, la clase capitalista, el proletariado). En toda su historia, fue la planta central del sistema para la elaboración de los productos intelectuales necesarios para su reproducción y desarrollo. Hoy estamos en vísperas de la fase de transición hacia una civilización no capitalista.

Con esa perspectiva es el momento de replantear la estrategia y la política científicas, y de ponerlas en ejecución.

¿Cómo conciliar el carácter público y estatal de la universidad con la necesidad de cambiar el Estado al que sirve?

Puntualicemos que “público” no implica “estatal”: la universidad o es pública, o no es universidad. Por ejemplo, en los primeros albores de la historia moderna las universidades eran (como lo fueron siempre) eminentemente públicas; pero no eran estatales (eran monásticas o eclesiásticas). A mi entender, al hablar de una pluralidad de universidades (Bologna, París, Oxford, Salamanca), entendemos que son estaciones o sucursales particulares de una institución universal, característica del sistema mundial capitalista.

Son institutos de una institución. Cuando nos referimos a la universidad de La Plata, Córdoba, Buenos Aires, debemos entender que se trata de la universidad *en* esta o aquella ciudad o país. Así, la expresión “universidad pública” es un pleonasma. La relación entre universitarios no es local; la relación entre trabajadores cuyo producto es directamente universal es, también, directamente universal.

Lo que convierte a un instituto en una universidad es la actividad específicamente universitaria, que consiste en conjugar la investigación científica con la enseñanza de la ciencia: no basta que haga una u otra, o ambas. Preferimos la universidad estatal porque y sólo porque esta condición la torna menos vulnerable al interés privado (siempre que velemos por ello). El carácter estatal de la universidad favorece su dimensión pública. ¿Hace falta añadir que no la garantiza?

Por su parte, la condición de ser pública no necesita conciliarse con la misión transformadora de la universidad. Es su fundamento.

¿Tiene sentido procurar la reforma de un aparato productivo capitalista que margina a las mayorías, o es menester destruirlo y fundar uno nuevo?

El sistema capitalista trae en sus entrañas la sociedad de transición. En la presente etapa la universidad producirá una nueva síntesis, se integrará en una nueva forma de vida social, y cerrará su ciclo histórico. Éste comenzó en la Edad Media tardía, cuando la universidad naciente reconoció las exigencias del concepto e inició la gesta intelectual que en los siglos subsiguientes habría de emancipar la razón filosófica y científica de la teología y la fe religiosa. Pronto divorció la filosofía de la ciencia (reduciendo aquella a una disciplina particular de carácter auxiliar). A la vez, fraccionó las ciencias de la naturaleza y de la sociedad en rebanadas más y más huera. El siglo XX convirtió la ciencia en un medio de dominación totalitario, unciéndola al yugo de la acumulación capitalista, donde aún sirve a la ideología del sistema y a la diferenciación tecnológica del capital.

Hoy se prepara para servir a su última misión: reformar la presente división social del trabajo intelectual, poner los frutos del progreso técnico al servicio de la sociedad, transformar a la ciencia en un proceso de emancipación humana.

(*) Economista, Doctor en Ciencias del Desarrollo (UCV), director del Centro de Estudios para la Planificación del Desarrollo (CEPLAD/FCE/UBA), autor de *El capital tecnológico*, Ed. Catálogos, Bs. As. 1998. Email: plevin@econ.uba.ar

(**) Las preguntas indicadas con *itálicas* fueron sugeridas a pedido del autor, por el profesor Lucas Sigman.